

LIMPIEZA ÉTNICA Y DEMOCRACIA*

La criminal «limpieza étnica» de poblaciones civiles permanece como uno de los escándalos sin explicar de la historia mundial, aunque tales sucesos parecen haber sido casi tan frecuentes como las revoluciones sociales. Solamente en los últimos 150 años, los asesinatos en masa de grupos indígenas por Estados colonialistas o colonos, de los armenios por las fuerzas turcas y sus aliados, de los judíos por los nazis, de los tutsis por los hutus, han excedido en mucho cualquier cálculo racional económico o militar. Pero la sociología histórica y comparativa ha tenido relativamente poco que decir sobre estas hazañas. Por el contrario, el debate sobre las causas de la limpieza étnica se encuentra dominado por modelos individualistas y ahistóricos. El impresionante trabajo de Michael Mann, *The Dark Side of Democracy*, da un paso de gigante para detallar las estructuras y circunstancias sociales concretas que producen semejantes resultados. La magnitud de la obra, más de 500 páginas de teorización densa y de narrativa histórica, abarca un espacio temporal desde la antigua Asiria hasta el genocidio ruandés; mientras que su inolvidable análisis de los autores y de sus acciones, muestra una sensibilidad casi etno-metodológica a los microfundamentos de la vida social. Se trata de una nueva dimensión para este maestro de la gran narrativa y constituye un mayor logro.

La gran cantidad de evidencia histórica que presenta *The Dark Side of Democracy*, está organizada para probar una tesis central sorprendentemente audaz: que la limpieza étnica es la cara oscura de la democracia, en el sentido de que esta última está basada en la creación de una comunidad étnica que «supere» o «desplace» las divisiones de clase. Es muy revelador su utilización de estos términos nada más comenzar el libro. El primero de ellos, la democracia, se entiende fundamentalmente no como un conjunto de instituciones, sino como una ideología de la igualdad que se legitima a sí misma mediante su afirmación de representar al pueblo y aspirar a una redistribución popular del poder social. El segundo término, «la limpieza étnica», se define como un intento de crear poblaciones monoétni-

* Michael Mann, *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 584.

cas respecto a una unidad política determinada; este intento no tiene que ser necesariamente sangriento, y más a menudo puede suponer la asimilación con coacciones o sin ellas. En este sentido Mann encuentra una recíproca afinidad electiva entre limpieza étnica y democracia, que se manifiesta en dos sentidos: en primer lugar, la mayoría de las democracias se desarrollan sobre la base de poblaciones relativamente monoétnicas y, en segundo, la democracia conlleva «la posibilidad de que la mayoría pueda tiranizar a las minorías». La limpieza étnica es entonces la «cara oscura de la democracia», tanto en el sentido de ser una precondition para su aparición como porque generalmente es perpetrada por regímenes democráticos o democratizadores.

Mann presenta inicialmente su razonamiento en términos de ocho atrevidas tesis, siguiendo con un capítulo sobre la limpieza étnica anterior al Estado-nación, que defiende la modernidad fundamental del proceso. Una serie de casos minuciosamente investigados componen el corazón empírico del trabajo: el Nuevo Mundo, Armenia, la Alemania nazi, Yugoslavia y Ruanda. Intercalados con ellos hay tres *intermezzo* sobre los países del eje no alemanes; sobre «la limpieza comunista» y sobre «casos contra-fácticos», donde la limpieza no llegó al homicidio. Una amplia discusión del trasfondo histórico de cada caso, va seguida por unos relatos cuasi etnográficos del proceso real de las ejecuciones de masas. Sin embargo, a pesar o tal vez a causa de su alcance comparativo y de la densidad de detalles históricos, pocas reacciones al libro le han hecho justicia. Las respuestas hasta ahora han sido de dos tipos principales centradas, por un lado, en respetuosas valoraciones de tesis concretas y por otro, en amplios ataques a la idea de la limpieza étnica como «la cara oscura» de la democracia. Estas últimas proceden en general de un insulso liberalismo de derechas, que de manera instintiva reacciona contra cualquier intento de mancillar el buen nombre de la procesalmente regulada circulación de las elites, que la ciencia social contemporánea llama «democracia». Un compromiso con el libro más responsable y crítico, requiere una reconstrucción completa del argumento central de Mann y un examen de la consistencia teórica y la solvencia empírica de sus afirmaciones clave, así como una percepción de cómo debe entenderse el presente trabajo dentro del contexto más amplio de la trayectoria intelectual de Mann.

Las ocho tesis que constituyen el centro de su argumento pueden leerse como un conjunto de precondiciones específicas crecientes, con el genocidio como la forma más total y violenta de limpieza étnica. Las dos primeras tesis exponen los parámetros globales de su teoría. La primera, que la «limpieza sangrienta es moderna, porque es la cara oscura de la democracia»; la segunda, que «la hostilidad étnica surge cuando la etnia supera a la clase como forma principal de estratificación social». Las tres siguientes se refieren principalmente a un conjunto de factores geopolíticos: la limpieza sangrienta se produce cuando dos grupos étnicos disputan el mismo territorio; cuando un grupo étnico se siente amenazado pero también capaz de eliminar al otro; y cuando la soberanía se rompe «en medio de

un contexto geopolítico inestable que normalmente conduce a la guerra». Las tres tesis finales se ocupan de los autores: la limpieza sangrienta no suele ser su propósito inicial; hay tres niveles de autoría, las elites de los partidos, los grupos combatientes y las comunidades civiles; y finalmente la gente normal «se ve conducida por las estructuras sociales normales a cometer una limpieza étnica sangrienta».

En resumen: el conflicto étnico se vuelve sangriento cuando las fuerzas sociales clave, en contextos multiétnicos y geopolíticos inestables, conciben la democracia como el gobierno de un pueblo «indivisible, unido e integral». Por el contrario, cuando el pueblo se concibe «diverso y estratificado» y las diferencias de clase están institucionalizadas políticamente, las potenciales ejecuciones étnicas masivas quedan bloqueadas por los rasgos no democráticos de estas sociedades. Por esta razón, ni las sociedades agrarias precapitalistas ni las democracias liberales establecidas tienden a comprometerse en semejantes empresas. Las primeras, en opinión de Mann, tienden a tener unas clases superiores cosmopolitas y clases productoras localmente orientadas. En estas sociedades la etnia, el sentido de solidaridad interclasista y una limpieza étnica *ipso facto*, es algo excepcional. Las democracias establecidas, mientras tanto, son reacias a cometer limpiezas étnicas, no porque sean democráticas, sino porque «las políticas de clase, regionales y de género», dominan e implícitamente moderan la tendencia de la democracia a socavar esas diferencias. Por eso Europa noroccidental ha sido relativamente inmune, porque aquí, los derechos democráticos fueron extendiéndose gradualmente por la estructura social; el hecho de que estas políticas no «intentaran eliminar la explotación», significaba que la comunidad nacional permanecía dividida en clases. Para Mann, la «institucionalización del conflicto de clase ha sido el principal logro del Occidente moderno». Fuera de los Estados centrales del noroeste europeo, especialmente en Europa del Este, la democracia significaba el gobierno de todo el pueblo y estaba asociada con un intento de «reprimir» el conflicto de clase, en vez de institucionalizarlo o afianzarlo; en estos casos Mann sostiene que los grupos étnicos podían surgir como actores sociales no divididos por la clase.

Por lo tanto, el quid teórico de su argumento parece ser que el conflicto de clase, especialmente cuando se encuentra institucionalizado, tiende a socavar el conflicto étnico. La asociación entre democracia y limpieza étnica proviene de la amenaza que la primera representa para la estratificación de clase. Para Mann a medida que la democratización aumenta, la probabilidad de una limpieza étnica va describiendo una parábola: primero crece, después decrece. La limpieza étnica es típica de Estados democratizadores que surgen de regímenes caducos, donde la estructura de clase de las burocracias agrarias ha colapsado, pero donde todavía no ha surgido por completo el conflicto de clase basado en el desarrollo industrial. En estas condiciones, puede surgir una concepción orgánica del pueblo, no constreñida por antagonismos de clase, y en algunos casos, permitir que la etnia «supere» a la clase. Para Mann, clase y etnia no son exactamente independientes, sino en gran medida formas alternativas de estratificación social.

¿Qué contundencia teórica y suficiencia empírica tienen estas afirmaciones? La propia evidencia de Mann impone una objeción obvia, señalada en muchas de las respuestas críticas al libro. Ninguno de los casos clásicos de limpieza étnica sangrienta se han producido bajo el auspicio de un régimen democrático: los armenios fueron masacrados por el Imperio Otomano; uno de los Estados más autoritarios de la historia llevó adelante la Solución Final; en Ruanda el homicidio en masa de los tutsis se produjo bajo un Estado-partido hutu. El único apoyo real de la democratización como base para una limpieza étnica letal, viene en primer lugar de Yugoslavia durante la década de 1990, donde la consolidación étnica bajo gobiernos nacionalistas elegidos en las urnas, a menudo se volvió sangrienta, aunque como correctamente señala Mann, no llegara al genocidio. Y en segundo lugar, de ejemplos en Estados democráticos coloniales o Estados colonos. Aquí Mann presenta un llamativo e iconoclasta material para apoyar su tesis de que algunos de los peores genocidios sucedieron en los contextos más democráticos. Por ejemplo, señala que la Constitución de California de 1850 veneraba el sufragio universal de la población blanca, «la forma más avanzada de democracia de la época». Sin embargo, en poco más de una década, la población india de California fue reducida en un 80 por 100, superando el porcentaje de judíos europeos exterminados por el Tercer Reich. En México, por el contrario, los conquistadores se encontraron con una sociedad altamente articulada y necesitaban aliados locales para establecer el control sobre sus recursos. Aunque el gobierno colonial fue brutal y sanguinario, no llegó al genocidio: la cooperación entre las elites creó una «clase/casta mestiza gobernando sobre los indios», dentro del marco del absolutismo de los Habsburgo. El dominio español fue fundamentalmente menos exterminador que las democracias coloniales de Australia o Estados Unidos. Sin embargo hay muchas excepciones; por mencionar tan sólo una, las deportaciones masivas de circasios y chechenos del Cáucaso durante la década de 1860 fueron realizadas por ejércitos zaristas como parte del repertorio convencional del expansionismo. Así, pues, al comienzo puede parecer que las afirmaciones teóricas claves del libro, se encuentran en una relación desequilibrada con el trabajo empírico.

Esta orientación crítica ha sido muy frecuente, pero está basada en una interpretación fundamentalmente errónea del argumento de Mann. Para él, como hemos visto, la democracia es ante todo una ideología de la igualdad, no un conjunto dado de instituciones existentes. Su tesis básica se refiere al efecto de este concepto igualitario; en pocas palabras, la democratización amenaza con socavar esas formas de estratificación social que impiden la limpieza étnica. Esta singular afirmación, tan básica en su razonamiento, ha provocado notablemente pocos comentarios, quizá algo indicativo de una incapacidad general de los críticos de Mann para separar el concepto de democracia de las disposiciones políticas del Occidente avanzado. Pero uno de los rasgos característicos de su trabajo ha sido distinguir entre la democracia como ideal igualitario, del procedimentalismo como práctica. Mann siempre ha sostenido que la democracia trata de la distribución del poder social, y no fundamentalmente de las reglas del juego; es

más, las especificidades institucionales de la democracia representativa moderna han ocupado un lugar sorprendentemente marginal en su obra. Sin embargo, el giro está en que hace uso de un concepto radical de democracia no para arrojar luz sobre defectos de los Estados liberales democráticos contemporáneos, sino como una manera de detallar sus virtudes.

Mann desarrolla su afirmación más amplia sobre la conexión entre limpieza étnica y democracia a través de dos razonamientos específicos. El primero es histórico. Remarca repetidamente que las democracias modernas se han desarrollado a partir de procesos de homogeneización étnica. Así, en América del Norte y Australia, por ejemplo, «el Estado-nación liberal pudo florecer sobre las enormes tumbas de los nativos». Pero ¿en qué sentido puede entenderse que las democracias francesa o británica estén basadas en la limpieza étnica? Aquí su razonamiento descansa sobre la ampliación de este último concepto. Un cuadro esquemático en el primer capítulo del libro sitúa una variedad de fenómenos sobre dos dimensiones: el nivel de exhaustividad de la limpieza –ninguno, parcial o total– y el grado de violencia empleado, que oscila entre ninguno, coacción institucional, policial, represión violenta, hasta las ejecuciones masivas premeditadas. La asimilación voluntaria es una forma de limpieza total alcanzada sin violencia, mientras el genocidio es la limpieza total por medio de la violencia extrema. Ambos son simplemente diferentes estrategias para alcanzar el mismo resultado: una población étnicamente homogénea. La limpieza étnica en esta formulación se entiende mejor como un proceso histórico que establece la homogeneidad básica que hace posible la democracia; la cara oscura de la democratización más que de la democracia.

Enlazada con esta argumentación histórica, está su segunda afirmación de que la estratificación de clase tiende a mitigar el conflicto étnico. Existe una clara y lógica réplica a esto: es posible concebir un pueblo étnicamente unificado al mismo tiempo que estratificado en clases, o étnicamente diverso pero fundamentalmente igual en términos de clase. No hay ninguna razón teórica o empírica convincente por la cual las divisiones de clase y étnicas deban variar inversamente. Además, y ello es más importante, precisamente la anterior noción de un pueblo internamente estratificado pero étnicamente unificado ha sido un prototipo de lo que Mann llama de manera general «nacionalismo orgánico», «estatalismo orgánico nacional», y algunas veces «formas orgánicas de democracia». Sería especialmente difícil sostener que Enrico Corradini, una de sus mayores fuentes doctrinales para este concepto, apoyaba la «superación» de la clase por la etnia, habida cuenta de que el modelo político de Corradini era el *Kaiserreich*, una estructura social y política con formas elaboradas de estratificación social.

Sin embargo, el problema todavía llega más lejos. Una lectura detenida de los casos estudiados muestra que en todos ellos el conflicto étnico que creció hasta llegar a la masacre, lejos de ser opuesto al conflicto social o de clases dentro del Estado ejecutor, estaba íntimamente unido a él. Unos cuantos ejemplos merecen señalarse. Mann alude a la compleja interacción

entre la expansión de las fronteras, la racialización de las poblaciones indígenas durante finales del siglo XVIII y principios del XIX, y la esclavitud. Se refiere oblicuamente a la relación entre las luchas internas dentro del Estado nacionalsocialista y sus tendencias expansionistas. En el caso de Yugoslavia, hace hincapié en el contexto de depresión económica general, en la importancia del Estado en la economía y en las ventajas relativas de Eslovenia y Croacia como mayores fuentes de conflicto. Su análisis del genocidio de Ruanda incluye un perspicaz relato del triple choque entre los hutus privilegiados del norte, los hutus excluidos y los tutsis, haciendo hincapié en que las clases inferiores de los hutus «maldecían a los tutsis por sus desgracias más que a la clase dirigente hutu, los verdaderos saqueadores del país, pero sus patronos». Esto es una confusa variedad de conflictos. Pero en todos los casos, los procesos de conflicto intra-étnico parecen centrales para explicar la guerra interétnica y el eventual genocidio. ¿En qué sentido pueden estos procesos ser entendidos como ejemplos de la etnia «que supera» a la clase?

Los casos de «limpieza comunista» y los casos contra-fácticos de India e Indonesia suponen un nuevo conjunto de temas. Mann sostiene que las ejecuciones en masa de Stalin, Mao y Pol Pot no pueden calificarse de genocidios a pesar del gran número de gente que murió en cada una de ellas: millones en los procesos de la revolución, terror y modernización forzada en la URSS y en China, por no mencionar la carnicería de entre 400.000 y 600.000 personas por los jemeres rojos en Camboya. Tampoco los asesinatos masivos que acompañaron a la partición de India en 1947, ni la muerte de cerca de una cuarta parte de la población de Timor del Este, unas 150.000 o 170.000 personas, pueden considerarse limpiezas étnicas o genocidios. ¿Por qué estas hecatombes no cuentan, cuando procesos comparativamente menores de masacres coloniales y desplazamientos sí lo hacen? Para Mann la respuesta es ideológica: la limpieza comunista, la partición de India y la represión en Indonesia no se desarrollaron contra un enemigo étnicamente definido. En el caso de la URSS, nos dice que «los bolcheviques tenían pocos conceptos sobre enemigos étnicos. Lucharon en la guerra civil contra los nacionalistas ucranianos y los cosacos, y sometieron a estos últimos a deportaciones policiales. Pero las veían a través de un prisma de clase, como aliados militares del zarismo y de las viejas clases dirigentes». ¿Pero es realmente legítimo excluir esos casos a partir de semejantes fundamentos? ¿No tiende esto a resguardar la afirmación central de Mann de una poderosa contra-evidencia?

Sus propios escritos no casan fácilmente con esta formulación. Por ello la principal argumentación esbozada anteriormente compite con una menor que sugiere que los Estados comunistas incorporaban formas peculiares de nacionalismo orgánico. En ocasiones, los dos argumentos aparecen relacionados:

La limpieza izquierdista era peculiar porque la gente estaba definida por la ideología, la economía, las fuerzas militares y las políticas de clase, no por el conflicto étnico. Sin embargo, los homicidios masivos izquierdistas se parecían

a los de los nacionalismos de derechas en un aspecto importante, dado que al recoger y canalizar el etno-nacionalismo [...] también desarrollaron una versión orgánica de estatismo nacional, si bien basado en el análisis de clase.

Mientras el primer argumento es insostenible a la luz de su repetida y explícita afirmación de que el conflicto de clase constituye la principal barrera contra la limpieza étnica, el segundo no cuadra con los hechos de los casos comunistas: como bien señala Mann, el régimen soviético en particular no era un Estado-nación.

Similares comentarios se podrían hacer sobre su análisis de la limpieza étnica premoderna. Insiste en la «modernidad» de tales procesos, sosteniendo que en las sociedades agrarias preindustriales las divisiones internas facilitaban tanto la cooperación de las elites por encima de las fronteras sociales, como socavaban la formación de grupos étnicos. Pero hubo varios tipos de limpieza, especialmente en las zonas fronterizas que separaban a protestantes de católicos y a cristianos de musulmanes. Estos casos en los siglos xv, xvi y xvii –la Reconquista, las guerras de religión y la conquista inglesa de Irlanda– anteceden tanto a la ideología como a la práctica de la democracia moderna. Excluirlos porque el idioma de las masas era la religión parece que obliga a plantear la pregunta de por qué se produjeron.

¿Cuál es la fuente de estas tensiones entre la argumentación teórica y la evidencia empírica? Podríamos afirmar que éstas se derivan, de modo realmente paradójico, de una forma extrema de reduccionismo de clase que opera en relación tanto con la etnia como con la democracia. Conceptualizar etnia y clase como alternativas implica que a medida que la formación de las clases progresa, la etnia debe retroceder. Este tipo de reduccionismo hubiera hecho sonrojarse al último Engels, y mucho más a Lenin o a Bauer. Sin embargo, en otro sentido una concepción semejante hace imposible teorizar la conexión entre etnia y clase, aunque la propia evidencia de Mann más bien apunta en esta dirección. En lugar de una teorización directa, hay una marcada inestabilidad de la terminología: la formulación de que «la etnia supera a la clase» compite con otra en la que etnia *desplaza* a la clase. Aunque en su análisis el autor no realiza ninguna elaboración formal, el concepto de desplazamiento procede de Freud y se refiere a la construcción de una metonimia, una figura que designa una cosa con el nombre de otra. El objeto metonímico de cualquier forma, reemplaza o incluso «supera» el objeto «real», volviéndose un síntoma de él. Tomarse esta formulación en serio sugiere que en la medida en que la etnia *desplaza* a la clase, también está casualmente relacionada con ella. Sin embargo, la investigación teórica de esta relación, aunque central en sus relatos empíricos, está bloqueada por su terminología alusiva y engañosa.

En su consideración de la democracia aparece otra forma de reduccionismo de clase. Para Mann, las democracias en funcionamiento dependen de los derechos establecidos para los grupos, no para los individuos; el más

importante de estos grupos son las clases. Pero no está claro qué es lo que conecta grupos de derechos con el desarrollo de un conjunto de instituciones que permitan el control democrático de la estructura de dominación. El corporativismo tanto en su forma medieval como moderna es por supuesto una teoría y práctica de derechos de grupo, pero a menudo ha tomado formas radicalmente no democráticas y antidemocráticas. Al margen de lo que pueda pensarse al respecto, su razonamiento de que los grupos en sí mismos deben ser clases y más generalmente que deben estar «estratificadas», no parece deducirse sin fricciones. ¿Realmente podemos imaginar conflictos graves de grupos, entre géneros, generaciones y regiones por ejemplo, sin que haya conflictos significativos de clase? En resumen, el razonamiento de Mann parece al mismo tiempo atribuir demasiada importancia a la clase como «soporte principal de la democracia liberal» y demasiada poca importancia como explicación de la etnia.

Estas reservas atañen por encima de todo al amplio marco teórico de la obra. Pero realmente, la ambición de *The Dark Side of Democracys* no es elaborar una teoría general del conflicto étnico, sino explicar la limpieza étnica sangrienta. De acuerdo con el autor, para que ésta se produzca tiene que darse un conjunto de condiciones, además de la superación o el desplazamiento general de la clase por la etnia que se postula en su segunda tesis. Estas condiciones se presentan en las tesis tercera, cuarta y quinta: la «zona peligrosa de la limpieza homicida», comienza cuando grupos étnicos rivales presentan reclamaciones verosímiles sobre el mismo territorio; el «umbral» se alcanza cuando el lado más débil decide pelear o el lado más fuerte decide imponer su voluntad por la fuerza; y «se sobrepasa ese umbral [...] cuando el Estado que mantiene la soberanía sobre el territorio en litigio se ha radicalizado y se ha dividido en facciones» en condiciones geopolíticas inestables. ¿Qué se puede decir de este razonamiento? Es una explicación de la guerra étnica y ciertamente la guerra es la característica común de los casos de limpieza étnica homicida que se recogen en el libro. Abordando el caso de América del Norte, Mann habla de la guerra contra los *pequots*, de la declaración de «una guerra de exterminio» del gobernador Burnett en California en la década de 1850, y de las guerras contra los indios a principios del siglo XIX. En Australia, se refiere a los choques fronterizos «que duraron hasta la década de 1920». En el caso de la masacre que realizan los turcos de los armenios, Mann identifica la entrada del Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial como un punto de inflexión decisivo. Por lo que respecta a la Solución Final, recalca que «Hitler deseaba eliminar a los judíos, pero hasta 1941 las soluciones preferidas pasaban por presionar sobre la emigración llegando hasta la deportación violenta», siendo la invasión nazi de Rusia la que selló la suerte de los judíos. En Yugoslavia, la guerra «permitió a Milošević extender su control del Estado». La invasión de Ruanda por el Frente Patriótico Ruandés impulsó una escalada de violencia contra los tutsis que conforma el telón de fondo del genocidio de 1994. En resumen, la guerra se encuentra empíricamente en el centro de todo los casos que presenta Mann.

¿Cómo nos explica el conflicto étnico armado? Mann sostiene que estalla cuando las etnias dominantes consideran que pueden eliminar con éxito a las minorías o cuando las etnias subordinadas consideran que pueden tener éxito en establecer su propio Estado. Pero esto deja sin respuesta una pregunta fundamental: ¿por qué pelean los grupos étnicos? En sus estudios empíricos, donde afronta esta cuestión, sus explicaciones tienden a deslizarse hacia la psicología de grupo. Sobre la limpieza en Australia, Mann dice que los colonialistas «pensaban que se habían visto “envueltos” en ella por la resistencia y las extralimitaciones de los aborígenes». En California durante la década de 1850, «la amenaza india parecía estar aumentando». En Turquía «el apoyo extranjero [a los armenios] produjo un auténtico temor entre los turcos a la extinción política». La Solución Final se volvió posible «involucrando a los judíos con un etno-nacionalismo amplio y con los enemigos políticos de Alemania». En Serbia y Croacia, los autores «se sintieron conducidos a ella como una última y desesperada defensa de sus naciones, en la que las medidas sangrientas parecían tanto necesidades implacables como una liberación de la amenaza y la humillación». Por lo que respecta a Ruanda, Mann enfatiza que la minoría tutsi constituía una amenaza verosímil para la mayoría hutu.

En la medida que Mann nos ofrece una un relato sistemático de la guerra, lo hace en términos de conceptos psicológicos de «amenaza» y «amenaza percibida». Hay dos rasgos sorprendentes en esta explicación. El primero de ellos es que parece perverso explicar las guerras de limpieza étnica sangrienta en términos de la pretendida amenaza que suponen las víctimas. La credibilidad de estos razonamientos se pone a prueba en dos casos en especial: el exterminio de los nativos americanos, que Mann atribuye en parte al «efecto de la resistencia india» y, por supuesto, la Solución Final. La lógica de Mann en esta cuestión parece confundir las justificaciones ideológicas de los autores con un relato casual de la guerra étnica.

El segundo rasgo sorprendente de esta explicación es el salto atrás hacia una relato de la guerra en términos de psicología social, que resulta especialmente sorprendente en Mann, habida cuenta que ha hecho más que cualquier otro estudioso de su generación para desarrollar una explicación sociológica de la misma. ¿Cómo se explica esto? Aquí el problema en parte procede del mismo esquema de conjunto que sustenta la vinculación general que establece entre democracia y etnia. Porque si la etnia y la clase son formas alternativas de estratificación social, la guerra étnica entonces, por definición, tiene poco que ver con luchas de clases o de grupos de interés dentro de las etnias, y en su lugar sólo puede explicarse en términos de relaciones interétnicas. Así, la conexión entre la industrialización británica y la expansión de la frontera australiana, o entre la esclavitud y el desplazamiento hacia la costa oeste en Estados Unidos, se mencionan pero no se examinan con rigor. Comentarios similares se podrían hacer sobre la maquinaria de guerra nazi y la estructura específica interna del capitalismo alemán.

Pero también entran en juego otros factores intelectuales: una combinación de disposiciones metodológicas, teóricas y políticas que presionan el relato de Mann para centrarlo en el Estado-nación como la unidad fundamental de su análisis. Esta visión resulta evidente en el proyecto básico de *The Dark Side of Democracy*, donde un conjunto de casos paralelos son tratados como ejemplos de limpieza étnica sangrienta. Como resultado, las condiciones geopolíticas que provocan la limpieza étnica se trasladan al segundo plano. Sin embargo, uno de los puntos empíricos centrales del libro es que los autores generalmente proceden de regiones fronterizas amenazadas. El análisis de Alemania es especialmente sorprendente: Mann elabora un «índice de representación» de los autores dividiendo el número de criminales de guerra llevados a juicio entre el porcentaje de población de una región dada respecto a la población nacional. Cuando el índice es superior a uno, la región en cuestión produce más de su proporción de criminales de guerra. Sus datos muestran una concentración en Alsacia, la Alta Silesia, el Este de Prusia y Baviera. ¿Pero cuáles eran las circunstancias que hicieron que estas regiones fronterizas estuvieran amenazadas? En ningún momento intenta vincular estas circunstancias con las geopolíticas específicas del periodo de entreguerras. De manera más general, aunque sostiene que el «rasgo característico del nacionalismo alemán a finales del siglo XIX se caracterizaba menos por la etnia que por sus implicaciones imperialistas», en ningún momento busca una explicación para ellas.

La sombra de la geopolítica se vislumbra ampliamente en un sentido de alguna manera diferente en los capítulos dedicados a la Guerra Fría. La ruptura de Yugoslavia se presenta esencialmente como un asunto interno:

En ocasiones se sostiene que con el rápido reconocimiento de Eslovenia como Estado independiente, los poderes europeos también realizaron su aportación. Pero no se puede echar demasiada culpa a los agentes externos [...] Quizá todas [las potencias occidentales] compartan una responsabilidad colectiva por la dominación del ideal del Estado-nación. Pero fueron los yugoslavos los que rompieron su propio país.

Esto es algo al menos discutible. El precipitado reconocimiento de Eslovenia y Croacia por la Comunidad Europea, bajo la presión alemana, seguramente aceleró el deslizamiento hacia la guerra al legitimizar las reivindicaciones territoriales de un electorado etno-nacionalista. En su discusión sobre el genocidio ruandés, el autor reconoce que Estados Unidos «bloqueó cualquier intervención», pero mantiene que «los errores, la ingenuidad e incluso la indiferencia no son actos criminales». Quizá sea así, pero la geopolítica todavía forma el contexto estructural donde tiene lugar la limpieza étnica sangrienta. Ciertamente el propio Mann reconoce esto al final del libro, escribiendo que si en la actualidad existen casos peligrosos, se encuentran «alrededor de los bordes de los mayores imperios, como también sucedió en los siglos XIX y XX en la Gran Europa». Este es uno de los pocos momentos en *The Dark Side of Democracy* donde aparecen los

términos «imperio» o «imperial». En el resto del libro, es el Estado-nación el mayor culpable, actor y unidad de análisis. El carácter extrañamente marginal de los procesos imperiales en este relato se encuentra por ello vinculado a una clase de «estatalismo nacional» metodológico, por tomar un término del propio Mann. Esto puede parecer paradójico en el contexto general de su obra. Una de las contribuciones centrales de su todavía incompleto trabajo *The Sources of Social Power* radica en desafiar la idea de las sociedades como sistemas unitarios determinados por Estados. Rechazando esquemas comparativos en favor de una analítica narrativa a gran escala, *The Sources of Social Power* tiene una estructura fundamentalmente diferente de la mayoría de los trabajos de sociología histórica comparada. En el primer volumen por ejemplo, en vez de un capítulo sobre «el auge del capitalismo en Inglaterra» o «el absolutismo en Francia», Mann habla de «la dinámica europea», cuyo principio subyacente es que solamente una aproximación rigurosamente transnacional puede recoger la ascensión de Occidente. En el segundo volumen, que abarca el periodo entre 1760 y 1941, los títulos de los capítulos destacan los nombres de los países, pero el esquema se mantiene básicamente. La narración se interesa de modo fundamental, por el auge del Estado-nación, una forma política que para Mann estaba sólidamente establecida en 1914.

Quizá no sea sorprendente por ello que en sus dos últimos trabajos de sociología histórica, que se ocupan del siglo xx, *Fascists* (2004) y *The Dark Side of Democracy*, Mann haya revisado radicalmente su aproximación, encaminándose a un estilo mucho más convencional de sociología comparativa, si bien desarrollado a una escala inusualmente amplia. Tanto el fascismo como la limpieza étnica son tratados como fenómenos que suceden en el ámbito del Estado-nación, aunque se analicen mediante una extraordinaria variedad de ejemplos. Aunque estos trabajos son monumentos de erudición, uno no puede evitar preguntarse si el propio Mann no ha sido parcialmente «enjaulado» por el «ascenso» del Estado-nación que su propio trabajo ha hecho tanto por describir y que explicaría por qué hay una sistemática falta de consideración de la geopolítica, en gran parte de su material sobre el siglo xx. Esta puede ser una fase de transición. Ciertamente, al final de *The Dark Side of Democracy*, surge un relato de la limpieza étnica más orientado a la geopolítica, cuando Mann sugiere que el mundo debe entenderse en términos de zonas de paz y zonas de agitación, y que es precisamente en la ausencia de los Estados en estas últimas zonas, donde se encuentra la clave del peligro.

Mann sostiene que el hemisferio Sur puede estar ahora reproduciendo la trayectoria que describió Europa desde las sociedades agrarias, pasando por la era de la democracia orgánica, y que acaba finalmente en la perpetua paz del Estado-nación liberal democrático.

La cara oscura de la democracia está atravesando las sociedades modernas. Ha acabado de atravesar el Norte y ahora está devorando partes del Sur. Pero no falta mucho para que acabe, cuando la democracia se institucionalice de ma-

nera firme en formas adecuadas para poblaciones multiétnicas y especialmente biétnicas.

El peligro mayor que afronta el Sur es por ello el estatismo nacional orgánico, porque muchos Estados de esta zona están situados precisamente en la fase de transición entre regímenes antiguos y democracias, que produjeron las limpiezas étnicas en Europa. En otras palabras, «la mayor amenaza es la difusión en el Sur del ideal del Estado-nación, porque este confunde el *demos* con el *etnos*, la masa electoral y el grupo étnico».

El principal defecto de este razonamiento es que el ideal del Estado-nación, especialmente en su forma orgánica, no parece prosperar especialmente en el Sur. Como señala el propio Mann, el socialismo poscolonial tanto en sus variantes africanas como de Oriente Próximo está hecho añicos. El liberalismo se ha reducido de una teoría política de los derechos de grupo a una ideología del mercado. En su lugar ha surgido una ideología religiosa fundamentalista, la «teodemocracia». Para el autor, esta ideología es la alternativa funcional a la democracia «orgánica» existente en el mundo en vías de desarrollo.

¿Qué se puede decir de esta visión? En primer lugar en un sentido muy amplio, el fundamentalismo religioso parece menos una versión teológica del nacionalismo orgánico, que una reacción contra el fracaso de los proyectos de desarrollo conducidos por el Estado. Realmente, el fundamentalismo religioso en el Sur global está a menudo asociado con movimientos para desmantelar el Estado del desarrollo, especialmente en India. En segundo lugar, el fundamentalismo islámico por lo menos, no parece asociar ningún valor especial al Estado-nación; sus ideologías se dirigen a una comunidad religiosa transnacional. La imposición de la *sharia* difícilmente puede considerarse como un programa estatista. La noción de un Sur global invadido por el estatismo nacional carece de credibilidad.

Estas consideraciones son suficientemente evidentes. Pero un problema más profundo y más preocupante infecta su evaluación del papel del mundo rico y especialmente de Estados Unidos en estos procesos. Mann advierte que el Norte debería cuidarse de alentar ingenuamente el Estado-nación democrático en una zona geopolítica que es proclive a producir limpieza étnica: «Debemos abandonar la complacencia que produce la idea de que el surgimiento de una democracia tolerante, liberal, es el producto inevitable de la modernidad, desviado solamente por gentes primitivas o malévolas y sus dirigentes». Desde luego, la pregunta es inevitable. ¿Hasta qué punto se puede entender la política de Estados Unidos como dirigida a promover el ideal del Estado-nación y menos aún del Estado-nación democrático? Esto parece confundir la misma esencia de la ideología del imperialismo, que en muchos aspectos funciona en la dirección opuesta. Seguramente la venta de armas y las medidas de austeridad, actúan como una poderosa fuerza de desintegración sobre los Estados del Sur global, y son por lo menos parcialmente responsables de los auténti-

cos fracasos del Estado a los cuales el fundamentalismo da una respuesta. Sería injusto sostener que Mann desconoce estos procesos, pero su campo de visión política, polarizado entre el Estado-nación orgánico y liberal, los reduce a la marginación.

La ausencia de un marco explicativo geopolítico resulta especialmente problemática en la discusión con que concluye el libro, donde las zonas de paz y de agitación en el mundo se consideran como grupos de Estados con niveles confrontados de desarrollo económico. Semejante visión trasciende las distinciones entre Estados-naciones liberales y orgánicos, señalando a las conexiones entre las políticas del Norte y los fracasos del Estado en el Sur. En este aspecto, Mann señala las actuales políticas de Estados Unidos que pretenden limitar los controles sobre el capital en vez de institucionalizar los compromisos de clases. Pero le falta un aparato conceptual para explicar este cambio del desarrollismo de la posguerra o clarificar sus conexiones con los centros del capitalismo avanzado. El lazo fundamental entre el poder geoeconómico y el geopolítico, el imperialismo, permanece fuera del alcance de este notable trabajo. Sin embargo si tenemos que preguntarnos cuál es el lado oscuro de la limpieza étnica en la actualidad, el imperialismo podría no ser el peor candidato.